

La Aviación en el cine

VICTOR MARINERO

"BIGGLES" (EL VIAJERO DEL TIEMPO) 1985.

Una vez más el cine recurre a la fantástica posibilidad de proyectar la vida hacia el pasado o el futuro, incluso interviniendo en hechos ya históricos o simplemente inconcebibles desde el presente real. Pero este no es un recurso imaginativo actual sino que —en diversas formas— viene explotándose tradicionalmente desde el nacimiento de cualquier cultura.

El novelista inglés H.G. Wells aplicó a esta concepción la técnica que hoy llamamos moderna, creando la máquina voladora (capaz de trasladarse por el espacio y el tiempo) en 1895 (*The Time Machine*). Y no sólo se adelantó a la 1ª G.M. con "La guerra en el aire" (*The War in the Air*), en 1908. Ya antes de meterse en literatura aeronáutica se atrevió (en 1898) con el belicismo astronáutico en "La guerra de los mundos" (*The War of the Worlds*). Y no se puede negar que las supuestas o ciertas posibilidades de la astronáutica y el estudio cada vez más profundo del Cosmos ha ampliado y revolucionado los conceptos científicos del espacio absoluto y del tiempo relativo.

Un precedente de "Biggles" (muy superior a esta película) fue "El final de la cuenta atrás" (*The Final Countdown*) de 1980, en la que el portaaviones nuclear *Nimitz* ciaba hacia 1941 para intentar intervenir contra el ataque japonés a Pearl Harbor. Ahora, Biggles —piloto inglés de la 1ª G.M. (Neil Dickson)— se salta 50 años en ambos sentidos para aportar al conflicto la tecnología más moderna. Un ser innominado busca la ayuda del joven ejecutivo norteamericano Jim Ferguson (Alex Hyde-White). Quien desde el Nueva York actual se presenta al otro lado de las líneas aliadas, en la Gran Bretaña, y echa una mano a Biggles, cuyo avión se ha estrellado. Juntos intentan localizar y aplicar



una nueva arma, entonces secreta, de la mayor eficacia. Brincando de un lado a otro de un vacío del Tiempo o a través del túnel de esta dimensión relativa, ambos amiguetes hacen maravillas. Aunque quien les impulsa y mueve con hilos invisibles es el Coronel Raymond. Es decir, nada menos que nuestro viejo conocido Peter Cushing, al que nos resistimos a llamar *amigo*; ya que si fue un Sherlock Holmes muy digno, ha incorporado preferente y largamente (con evidente fruición) una serie de malvados que no tenían nada que envidiar a los representados por su camarada Christopher Lee.

Como en toda película digna de tenerse en cuenta, no falta el toque femenino, y por ende sentimental, a cargo de Fiona Hutchinson (70 años más joven que Biggles, según el cómputo de la historia). Ni tampoco falla la música —quizás demasiado insistente pero muy cinematográfica— del compositor Stanislas.

El autor del argumento —aquí ampliamente reformado— es el Capitán inglés V.E. Jones. Un inglés imaginativo que allá por los años 20 llenó con periodicidad puntual los

puestos callejeros de prensa y las librerías populares, sumando cerca de 100 novelas, amén de sus derivaciones *tebeísticas*. Lamentablemente, su amplia fama británica no se extendió por nuestros pagos (al contado o por suscripción). Del guión se han ocupado John Groves y Ken Walwin. John Hough es el director, tan conocido (como desconocidos son los más de los restantes responsables de la obra) por sus abundantes muestras de cine fantástico. Especialmente, sobre criaturas sobrenaturales, hechiceros, vampiros, casas embrujadas y aventuras diversas.

La productora es la Compact Yellowbill/Tambarle: que no ha escatimado medios. Pero aunque la acción trepidante está garantizada en todo momento, quizás otro equipo habría sacado más jugo a esta nueva incursión en el tiempo indefinido. Si bien, para acreditar la modernidad del protagonista, no obstante su supuesta ancianidad, no falta el toque de su enfrentamiento con los chuletas, pelitosos teñidos y engominados "punks".

...Y veremos en qué otra guerra pasada, presente o futura nos alistamos mañana los *copistas* de Wells. ■